

EL MAESTRO EN TOMÁS DE AQUINO

THE TEACHER IN THOMAS AQUINAS

Rolando J. Núñez H. Instituto Pedagógico de Maracay
"Rafael Alberto Escobar Lara"
rolandonunez70@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo no pretende ser una síntesis del pensamiento del Aquinate ni mucho un estudio acabado de su obra filosófica. Acá nos centramos en una de sus trabajos menores, poco conocido aunque de vez en cuando citada como garantía de erudición de quien cita o barniz cultural de quien se precia de haber leído a los clásicos. Se trata del "De Magistro", "Sobre el maestro" donde el filósofo y teólogo italiano se detiene en torno a la posibilidad, o no, de ser "maestro", de enseñar. Para ello dividimos el texto en cuatro apartados, a saber: 1.- Laudes, que asoma algunos rasgos acerca de la vida y obra del autor; 2.- Tercia, que ubica en el contexto histórico los planteamientos filosófico – pedagógicos del patrono de la universidades; 3.- Nona, que se detiene en la hermenéutica del texto arriba aludido y finalmente 4.- Vísperas, en donde se ensaya una muy breve valoración crítica, a la luz de nuestra realidad, del texto estudiado.

Palabras Claves: maestro, escolástica, cristianismo, verdad, enseñanza.

ABSTRACT

This article is not intended to be a synthesis of the thought of Aquinas far from a finished study of his philosophical work. Here we focus on one of his minor works, little known though occasionally cited as a guarantee of erudition who cites or cultural varnish who prides himself on having read the classics. This is the "De Magistro," "On the Teacher" where the Italian philosopher and theologian stops at around whether or not to be "master" to teach. So we divided the text into four sections, namely: 1 - Lauds, hovering some features about the life and work of the author,. . 2 - Tertia, which locates in the historical context of philosophical approaches - teaching the patron of the universities; 3 -. Nona, which stops at the hermeneutics of the text mentioned above and finally 4 -. Vespers, where attempts a brief critical assessment, in light of our reality, the studied text.

Keywords: teacher, scholastic, christianity, truth, teaching.

El hombre puede recibir en verdad y con propiedad el nombre de maestro y doctor, tanto porque enseña la verdad, como porque ilumina la mente.

(De Magistro)

1.- Laudes.

“Un día ese buey mudo llenará con su mugir toda la cristiandad”, había predicho su maestro Alberto y es que la primera impresión que daba Tomás de Aquino (1225 – 1274) a quien lo conocía poco, era la de una persona lenta, pesada; incluso algo retardado para llegar a lo que otros comprendían con facilidad; por eso sus condiscípulos lo bautizaron como el “buey mudo”. El refranero popular venezolano diría: “cúdate del agua mansa”. El que luego sería llamado Doctor Angélico, Príncipe de los escolásticos, entre otros títulos, había nacido en el sur de Italia, provincia de Nápoles, en el castillo de Roccasecca, cerca de Aquino. Tomás nace en el seno de una prominente familia que contaba entre sus miembros personajes destacados en la política y aristocracia de la época; por eso sus padres lo veían como un futuro Abad o desempeñando algún cargo oficial de importancia. De ahí que ya a los cinco años sea enviado a la famosa escuela monacal de los Benedictinos de Monte Cassino; esta institución tenía como fin formar a los futuros funcionarios y gobernantes de la región. Es así como, a temprana edad, el pequeño Tomás se convierte en oblató, que en la época era una práctica muy común entre las familias nobles para que el niño recibiera la adecuada educación para luego ocupar el rol que la sociedad de la época le asignaba.

Para tener un buen retrato del Tomás – hombre al que nos vamos a referir acudamos a lo que nos señalan en <http://www.ewtn.com>, donde hallamos la siguiente descripción de nuestro personaje: “Alto, grueso, bien proporcionado, frente despejada, porte distinguido, una gran amabilidad en el trato, y mucha delicadeza de sentimientos”.

Muy pronto el “joven buey” (que como luego demuestra, de Buey tiene muy poco o nada) romperá filas con respecto a los designios que su familia tenía para él. Muerto su padre ingresa en la Orden de los Dominicos o Predicadores, lo que cae muy mal a su madre, quien apoyada por sus otros hijos hace hasta lo imposible para disuadir a su vástago de semejante decisión. Para esta mujer, perteneciente a la nobleza, el destino de su Tomás tenía que ser una orden religiosa

consolidada y prestigiosa y no la recién fundada orden mendicante, que poco prometía desde el punto de vista de rango y status social. Así, la matriarca llega al extremo de secuestrar a su propio hijo, con la anuencia y colaboración de los hermanos de éste; le meten a una prostituta en la habitación para que desista de sus ideales de castidad; pero el impertinente buey mudo no decae pues estaba clarísimo en que su vida estaba destinada al camino religioso y al estudio. Más bien, los casi dos años de reclusión a los que lo condena su familia los aprovecha para estudiar la biblia y aprender de memoria ciertos libros sagrados y pasajes claves.

En 1245, una vez liberado por su madre, viaja el Aquinatense a París para completar la educación que había iniciado con los Benedictinos y había seguido en la Universidad de Nápoles. En París, se pondrá bajo la tutela intelectual y espiritual del que en adelante será su mentor: Alberto Magno. Esta sociedad intelectual nos lleva a pensar en la imagen que nos deja Umberto Eco en *El nombre de la rosa* de maestro y discípulo (William de Baskerville y su novicio Adso de Melk); muy parecida ha debido ser la dupla Alberto – Tomás: un maestro sabio y continuamente inquieto por descubrir nuevas verdades y un discípulo habido de saberes e inexperto en las resolución de problemas pero que con el tiempo llega incluso a superar a su mentor.

En adelante el padre del tomismo desempeñará diversos cargos tales como profesor en distintas universidades europeas (entre ellas la Universidad de París), predicador papal y administrador eclesiástico. Así, este fraile – filósofo quema una escasa existencia de 49 años de vida entre las responsabilidades encargadas por su Iglesia, la docencia y la producción escrita de una obra que releyó, sintetizó y renovó el pensamiento occidental conocido hasta el siglo XIII.

Pudiéramos atrevernos a proponer que el recorrido vital de Tomás se mueve en la tensión generada por la contemplación mística y la acción intelectual. ¿Un contemplativo en la acción... o un activo en la contemplación? Se cuenta que estando en presencia del rey, ocupado en responsabilidades de gobierno, Tomás se quedó pensativo y, a cierto punto, descargó un gran golpe con su mano abierta sobre la mesa, en señal de que había dado con la respuesta que había estado buscando durante varios días a un problema metafísico complicado. Después tuvo que pedir disculpas al monarca por distraerse de los asuntos que en aquel momento trataban. Esto nos habla, más allá de la anécdota, de

la gran riqueza que podemos conseguir en una obra como la de Tomás de Aquino, que no surge de la pura especulación sino más bien de la confrontación y contrastación con los problemas reales que tocaban frontalmente al autor y su época en el plano político, teológico, filosófico, social y cultural. Especialmente importante es esto en la Venezuela de hoy, en nuestras universidades, en nuestras escuelas y especialmente en las casas que forman a las futuras generaciones de docentes, en donde con bastante frecuencia se “teoriza” y se habla en el aire, desde lo que dijo un autor o un determinado texto, o “guía” (detestable palabreja para quien quiere transitar los senderos de la producción de conocimiento y no la mera repetición de contenidos o “cosas” escritas o dichas), o peor aún, donde a veces se habla desde la pura improvisación. La vivencia de Tomás en este sentido es un testimonio válido y vigente.

Para cerrar nuestro recorrido biográfico, diremos que el Papa envía a Tomás al Concilio de Lyon; pero, en el camino enferma y muere antes de cumplir los 50 años. No obstante, el que había sido llamado “buey mudo”, por sus compañeros de escuela, logró escribir en poco más de veinte años una vasta obra que recogió lo mejor de la tradición grecorromana y feudo aristocrática y la conectó con el turbulento mundo que hacía epifanía en ese siglo XIII, marcado por una serie de cambios y acontecimientos de los cuales aún hoy tenemos huellas, tal como el nacimiento y consolidación de las universidades.

En lo que respecta a su producción intelectual vale decir que sus “obras completas” (“Opera Omnia”) significan unos treinta voluminosos tomos. La riqueza de su pensamiento se plasma en una obra de altísimo significado intelectual. Entre sus principales obras tenemos: a) Los comentarios a los escritos aristotélicos que son resultado de su cátedra en París, la segunda vez que estuvo allí enseñando, pudiésemos decir, sus apuntes de clase; b) las pequeñas monografías filosóficas, entre las que está *De ente et essentia*, quizá la más conocida, hecha en París cuando aún era “bachiller sentenciario”; c) sus grandes obras sistemáticas, especialmente su *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, que corresponde a sus primeros años de docencia en París. Luego, de 1264 a 1269 escribe *Suma contra los paganos*, de capital valor filosófico, y entre 1269 a 1273 trabaja en su *Suma Teológica*, obra de carácter filosófico, teológico e incluso enciclopédico puesto que, por increíble que parezca, el Aquinate reúne en ese texto todo el conocimiento que se tenía hasta la época, que no era poco ni tan oscuro como han pretendido los mal informados y muy pre juiciosos lectores

y “críticos” modernos y contemporáneos que no han sido capaces de ver más allá de los panfletos ilustrados del siglo XVIII y de la izquierda del siglo XX; d) las *Quaestiones Quodlibetales* (o “Problemas Escogidos”, ordinariamente por el auditorio, por los estudiantes) y las *Quaestiones Disputatae* (o “Cuestiones Disputadas”, debatidas), obras éstas que no son más que la decantación publicada de sus clases. De estas disputaciones, las principales vienen a ser “Sobre la verdad” (que es de especial relevancia, para este breve trabajo que acá desarrollamos, puesto que el *De Magistro* es precisamente la Cuestión XI de esta disputación contenida en Cuestiones o problemas debatidos), “Sobre la potencia”, “Sobre el alma”, “Sobre las creaturas espirituales”, “Sobre el mal”, “Sobre las virtudes en común”, entre otros y e) una obra de interés político llamada *Sobre el poder político*, escrita en torno a 1266. De esta última hay que decir que la teoría política elaborada por Tomás, en buena medida, sienta las bases del Estado Moderno; eso sin dejar de tener en cuenta la naturaleza de una teoría que reconoce y se afilia a la concepción cristiano – católica de mundo, pues, como sabemos, la modernidad poco después no dejará de soñar con un Estado laico, y, llevado hasta el extremo por aristas modernas tales como el marxismo y los socialismos reales, hasta el ateísmo.

Habría que señalar, aunque someramente, los distintos aspectos que contempla y transita la reflexión y producción intelectual de Tomás de Aquino. Un primer tópico tiene que ver con el tándem “filosofía – teología”, inseparable en realidad en todo el periodo cristiano que va desde el siglo III después de Cristo hasta el siglo XV, por lo menos. No obstante esto, el Doctor Angélico hará distinción entre filosofía y teología, dándole así a la ciencia un empuje importante para su posterior desarrollo en la modernidad. Aborda también Tomás la necesidad moral de la revelación, la incompatibilidad de la fe y la ciencia en la misma mente y a propósito del mismo objeto, el fin natural y el fin sobrenatural, etc. Un segundo tema que pudiéramos señalar tiene que ver con “los principios del ser creado”; allí analizará el hilemorfismo de extracción aristotélica, el problema de las razones seminales y de la pluralidad de las formas substanciales, el asunto de acto y la potencia, así como el de la Esencia y la Existencia. Un tercer tema clave es el atinente a las pruebas de la existencia de Dios, que aborda la Necesidad de la prueba, el argumento a priori anselmiano y las pruebas a posteriori que son la alternativa presentada por Tomás. En cuarto lugar el aquinatense se ocupará de la “Naturaleza de Dios”, allí se detendrá en la vía positiva y

negativa, en los tipos de analogías, después pasará a las ideas divinas y la distinción entre los atributos divinos; culminará en esta parte con Dios como existencia en sí. Un quinto problema que ocupa la reflexión en la obra tomista está referido a la cuestión de la creación, allí busca responder las preguntas siguientes: ¿puede Dios crear a partir de la nada? ¿Crea Dios libremente? ¿Cuál es el motivo de la creación? ¿Pudo Dios crear una multitud actualmente infinita? ¿Es Dios omnipotente? ¿Existe el mal? El asunto de la psicología es otro de los aspectos abordados por esta colosal obra; discurrirá acá sobre la única forma substancial en el hombre, la potencias del alma, los sentidos internos, el libre albedrío, la inmortalidad, los entendimientos activo y pasivo, filón este último que está muy vinculado al problema de filosofía de la educación y de pedagogía que ocupa este ensayo.

Otro tópico de esencial importancia va a ser el del conocimiento. Tomás elabora una teoría del conocimiento que marca un hito para la gnoseología posterior. Se preocupa así del “proceso” de conocimiento, de lo universal y de lo particular, del conocimiento del alma por sí misma y de la posibilidad de la metafísica.

Finalmente, habría que señalar dos temas muy vinculados entre sí, en la obra de Tomás: el tema moral y el político. En el primero abordará el Eudemonismo, la visión de Dios, el bien y el mal, las virtudes, la ley natural, la ley eterna y el fundamento de la moralidad en Dios, la religión como virtud, entre otros. El asunto político lo tratará vinculado a la religión y al resto de los tópicos como parte constitutiva de un “sistema total”. Como se ve, aquí sólo se enuncian estos temas y subtemas, desplegados a lo largo y ancho de toda la obra tomista, pero imposibles de desarrollar en un brevísimo trabajo como el nuestro. Nuestra preocupación acá es más bien rozar el tema pedagógico presente en el pensamiento de este renovador de la filosofía escolástica y la visión de mundo feudo cristiana.

2.- Tercia.

Tomás de Aquino vivió en el siglo XIII, por tanto unos ocho siglos alejado de nosotros; por esto es importante ubicarlo en su contexto, tratar de comprenderlo en su mundo – de – vida, no en el nuestro, que ha sido un error común y arraigado en muchos historiadores y críticos. No es nada fácil pensar y ver la realidad desde la perspectiva del hombre de aquella época, sin embargo no tenemos que negarnos aunque sea la posibilidad de pasearnos por ese sendero hermenéutico.

Es verdad que el siglo XII, anterior al de Tomás, asistió a un gran desarrollo cultural, especialmente en la Europa latina. No obstante, el XII sigue siendo heredero del mundo inaugurado por Carlomagno, signado por la convicción de que la cristiandad era una totalidad monolítica y sin fisuras y sustentada en un sólido connubio de poder espiritual y terrenal. La realidad era que esos dos poderes hacía rato se venían disputando la primacía. Además, la vida cotidiana y real estaba marcada por la fragmentación que los feudos iban dibujando y que la aparición de los burgos, que habían nacido ya en el siglo XI, como consecuencia de las primeras cruzadas, a orillas de los caminos, iban consolidando.

Los procesos políticos y sociales, convulsos y dramáticos muchos de ellos, que se dan a lo largo del siglo XII, constituirán una nueva unidad en torno a nuevos intereses y modos de vida. También en el campo filosófico y teológico estos resquebrajamientos se manifiestan, no como fenómenos paralelos o aislados de la vivencia diaria sino más bien como expresión del esfuerzo de los intelectuales de la época por comprender aquello que estaba ocurriendo a su alrededor. La Iglesia como institución, y como poder, tiene que defenderse y prevenir errores ante las crecientes herejías y desviaciones, que en muchísimos casos degeneran en levantamientos y crímenes que no distinguían entre culpables e inocentes, religiosos y laicos, entre señores y siervos; no es gratuito que al final de ese siglo XII, concretamente en 1199, nazca una institución que nos va a ser presentada en la contemporaneidad sólo en su faceta más tétrica. Se olvidan los “lenguas” poco informados que, si bien es cierto que la Inquisición cae en excesos y se desvía, en muchas ocasiones, aparece ante todo, en su origen, como una instancia de orientación y de guía para aquellos que habían perdido la senda. Para comprender esto, quizá se haga necesario retroceder un poco más allá del siglo XII y XIII, al momento que cae el Imperio Romano. ¿Qué queda de la civilización europea después del derrumbe del Imperio Romano de Occidente?

Al caer el imperio, en el 476, sobreviene el caos; Europa será desde ese momento tierra de nadie y se va a imponer la ley del más fuerte y más arbitrario. Las ciudades quedan destruidas y los caminos son ahora inexistentes; cada jefe, o rey bárbaro gobernará según su liderazgo y capacidad para imponerse por encima de los demás; esto generará una lucha de todos contra todos. Historiadores como Jacques Le Goff, especialista en la feudo aristocracia, nos hablan de situaciones tan dantescas como que la gente salía de viaje y nunca regresaba, pues había

sido asaltado y asesinado por los pocos caminos que quedan. Pero, más espantoso es lo que este mismo autor nos cuenta en sus investigaciones con respecto a las terribles hambrunas que se registraron, por lo menos hasta el siglo XI. Muchos de los viajeros desaparecidos eran no sólo asesinados, sino que la situación llegó a tal punto que otros eran cazados para ser comidos; los que no llegaban a tanto preferían mezclar el poco trigo que conseguían con cierta arcilla para poder hacer un poco de pan y mitigar así el hambre. De modo que a partir del siglo IV, incluso ya antes, estamos en una Europa sin instituciones, sin manera de sustentarse económicamente y perdida incluso desde el punto de vista espiritual y cultural.

La Iglesia Cristiano – católica viene a llenar unos espacios y a resolver problemas de los que nadie se ocupaba. Evidentemente, esa labor surge desde una preocupación pastoral y espiritual, nos guste o no a partir de ahí se irán reconstituyendo los trozos dispersos de una Europa en ruinas.

Representativo de todo esto es la figura de Isidoro de Sevilla (560 – 636 d. C.) a quien se conoce por haber escrito tratados filosóficos, políticos, históricos, lingüísticos, astronómicos y por supuesto teológicos. Lo emblemático de un personaje como Isidoro es que en una obra como las *Etimologías* reúne todo el saber que se tenía hasta el siglo VI, y todo prácticamente de memoria puesto que era muy difícil, para ese entonces, consultar en las grandes bibliotecas ya que éstas habían sido destruidas o, como se ha dicho, no era nada sencillo trasladarse de una ciudad a otra (o a lo que quedaba de ellas). Además este arzobispo de la época visigoda desarrolla toda una labor para fundar escuelas para líderes (lo que hoy día conocemos como seminarios), que es, ni más ni menos, el origen remoto de las escuelas y universidades tal como las conocemos hoy.

De manera que desde la Temprana, mal llamada, Edad Media⁶ el cristianismo emprende toda una labor de recuperación, reedificación y luego consolidación de la cultura occidental. Como hemos dicho, todo este proceso fuertemente marcado por el signo de la religión y de la teología católica.

De manera pues, que hasta el siglo XII, Europa está sumida en el paradigma agustiniano que rige desde los albores de esta era que

⁶ Jean Verdon, en su obra *Sombras y Luces de la Edad Media* dice al respecto: “Entonces, ¿qué habría que hacer? Mantener el término “Edad Media” porque es cómodo, pero no dejarse engañar por él” (P. 2).

sustituye al Mundo Antiguo. Pero ese paradigma filosófico en algún momento empieza a hacer aguas, a mostrar fugas; la unidad político – religiosa ya no es lo que era. Es precisamente, entonces, en el siglo XIII cuando “aparecieron los primeros elementos que disgregaron definitivamente la unidad política e intelectual de la Edad media Latina”, según nos dice Guerrero (1996) en su *Historia de la Filosofía Medieval*. Para este autor, el XIII significó el momento del progreso económico de los burgos y la consolidación de los ayuntamientos independientes. Esto, como es natural, trajo consigo la emergencia de una nueva clase social que se hizo fuerte: la burguesía, la clase social que sustentaría su poder en la acumulación de dinero y riqueza material; así mismo se fortalecieron las monarquías y se robustecieron los gremios, o sindicatos, que iban a aglutinar a la nueva clase social según oficios e intereses.

Esto trajo como consecuencia además que lo escrito, la letra, viniera a desempeñar un nuevo papel en la política, en lo administrativo y también en lo religioso. La concepción urbana fue determinante para este cambio ya que fue en esas urbes donde lo intelectual se convirtió en una profesión recompensada. Dado que cada gremio se juntaba según la técnica y servicio desarrollado, también la totalidad de los estudiantes se agrupó en torno a sus intereses y ocupaciones y nació así la “Universitas Studiorum”, dándole de este modo un sentido distinto al pensamiento. Asimismo, la aparición de las órdenes religiosas de los mendicantes, franciscanos y dominicos elevaron el nivel intelectual de dicho siglo, que entre otras cosas promovió la asimilación e incorporación de doctrinas e ideas originarias del mundo musulmán y del pensamiento griego, en especial a Aristóteles, que durante los siglos precedentes había sido el gran ausente y el ilustre desconocido. La difusión del aristotelismo por toda Europa vino a causar una conmoción teológico – filosófica y poco después a renovar todo un sistema ontológico – epistemológico que no lograba, hasta la fecha, sino pensar a través de Agustín de Hipona.

En este siglo, se darán todavía tres Cruzadas, lo que ocupará aún buena parte de los debates filosóficos y teológicos que incluso formarán parte de muchas de las clases y obras de Tomás de Aquino. Federico II ascenderá al trono y esto acarreará episodios político – sociales de relevancia, pues se empezará a notar que la clase burguesa va a ir tomando posiciones de poder que se consolidarán varios siglos después con la revolución francesa, pero que ya a partir del 1200 va sedimentando su mundo de vida y espíteme.

A fin de cuentas, el siglo que le toca vivir a Tomás es un momento de encrucijadas, de bifurcaciones que el mismo aquinatense va a tener que cartografiar. La feudo aristocracia va a ser una realidad, un mundo de vida, definido por las relaciones jerárquicas entre el señor feudal y el siervo; la ceremonia de sumisión al señor implicará que el siervo necesita del superior pero estará implicando también que el señor necesita del servicio del siervo. Al ser esto así, la realidad, y la vivencia, se juega en términos relacionales, de relaciones humanas. Hasta el siglo XI, más o menos, es muy difícil pensar y vivir fuera de ese ámbito de relaciones; va a ser el advenimiento de la burguesía el que va a introducir la noción de “individuo” en la vida y, poco después, en el pensamiento. La clase burguesa inaugura un modo de vida que después se convertirá en mundo de vida que necesita individualizar para poder comerciar: el burgués suma, resta, multiplica y divide y para eso necesita individuos; mientras que la sociedad de los siglos anteriores se vive y se piensa más desde lo cualitativo que desde lo cuantitativo. Esto nos explica, por ejemplo, que el grueso de las manifestaciones artísticas medievales tenga un carácter más bien anónimo. ¿Quién escribe, a finales del siglo XI, el poema épico *El Cantar de Roldán (La Chanson de Roland)*? Se le atribuye al monje normando Turolde de quien aparece el nombre en un último y enigmático verso del texto que dice “Ci falt la geste que Turoldeus declinet”, en donde no queda nada claro el sentido del verbo “declinar”, pues pudiera estar significando “componer”, simplemente “entonar”, o tal vez “transcribir” o “copiar”. De ahí que muchos estudiosos prefieran catalogarlo como de autor anónimo y, si se revisa la lista de las obras literarias más conocidas de este periodo nos conseguiremos con el mismo denominador común: “autor anónimo”. Lo mismo ocurre con la arquitectura, ¿Quién construyó Notre Dame? Respuesta: el pueblo. Igual podemos decir de la Catedral del Mar en Barcelona construida por los estibadores (los caleteros en nuestro contexto). Así será también en la escultura, en la pintura y en la música.

Tenemos pues, que este mundo feudo cristiano, o feudo aristocrático, llamado sesgadamente por la ilustración (y luego por la no menos reduccionista izquierda contemporánea) medieval, y oscurantista, se va a regir por una episteme de relaciones jerárquicas que va a privilegiar lo cualitativo y el cara a cara del hombre concreto, mediado obviamente por la visión teológica cristiano – católica que viene ya desde los Padres de la Iglesia. Las postrimerías del siglo XI, el siglo XII y especialmente el siglo XIII, introducen los elementos germinales que darán entrada al

mundo y a la episteme de la modernidad. Tomás de Aquino se ubica en esa disyuntiva y su filosofía, no obstante la fuerte influencia aristotélica (así como, en menor medida, pero no menos importante, la agustiniana y neo-platónica) buscará dar respuestas a los problemas que se vienen ya planteando desde el siglo XII y los que se imponen en su siglo (el XIII). Es significativo además que en la estructura de pensamiento que podemos conseguir en la obra de Tomás se ve reflejada la manera jerárquica de comprender la realidad del hombre de aquella época. La filosofía del Aquinate será la filosofía de la “ordenación” (más que del “orden” establecido, que será una característica y pretensión de la modernidad, excelentemente retratada en el positivismo comteano ya en el siglo XIX). La naturaleza, esto es, la creación, estará ordenada desde los seres más insignificantes (si es que el término cabe) hasta llegar a Dios; toda realidad estará ordenada a Dios que es, según esta concepción, fin último de la existencia humana. La episteme emergente de la modernidad está planteando, por su parte, la aparición de la individualidad, la razón, la ciudad, etc., como nuevas coordenadas del ser y del hacer. Esto nos explica las preocupaciones filosófico – teológicas de autores de la época tales como: Juan Duns Scoto (1265 – 1308), Guillermo de Occam (1280 – 1346), Nicolás de Cusa (1401 – 1464) y del mismo Francisco Suárez (1548 – 1617), a quien algunos historiadores de la filosofía ubican en la escolástica tardía y otros prefieren situarlo en la modernidad, antecediendo incluso a Descartes y su duda metódica. Estos pensadores se debaten entre dos aguas, dos paradigmas epocales, pero en el fondo en medio de dos epistemes.

3.- Nona.

El objetivo central de este trabajo es dar cuenta de la lectura y de la re – lectura, de una obra, de las más breves, y probablemente muy poco leída, pero sí muy comentada y citada, de Tomás de Aquino. Estamos refiriéndonos al *De Magistro*, que a decir verdad no es una obra independiente sino que más bien, como ya se ha señalado un poco más arriba, viene a ser la Cuestión XI de la disputación “Sobre la Verdad” de *Quaestiones Disputatae*.

Para abordar esta obra hay que tener en cuenta que el juicio general de los estudiosos es que Tomás cristianizó a Aristóteles de la misma manera que San Agustín había cristianizado a Platón. Vale decir que ésta es una verdad relativa puesto que no es tan mecánico el asunto. Como hemos visto más arriba, el contexto y mundo de vida es distinto al

griego; es innegable la influencia de los grandes del mundo clásico pero no es menos cierto que el pensamiento cristiano tiene su autonomía e identidad propia. Al hablar de “cristianización” de los griegos nos estamos refiriendo a que fueron comprendidos de tal forma que no se consideraran una amenaza contra la confesión cristiano – católica. De ahí que Tomás sea reconocido como quien logró la gran síntesis entre la fe y el saber. Así, para el Aquinate no tenía porque haber contradicción entre razón y fe. De ahí que podamos llegar, con el auxilio de la razón, a las mismas verdades de la religión. Dogmas aparte, para el “buey mudo” existían verdades naturales de orden teológico a las que se puede llegar a través de una doble vía, ya a través de la verdad, ya a través de la razón. De modo que, al conocimiento de Dios puedo llegar tanto a través de la fe como de la razón en base a lo que me muestra la naturaleza por él creada. Así, razón y fe no tenían porque estar en contradicción y la ciencia (en el sentido amplio, no en el sentido estrictamente positivista) no tenía porque ser relegada por el creyente así como la fe no tenía que ser despreciada por el científico. En el fondo, para este filósofo, todos los caminos conducen a la misma Roma: la verdad.

Ubicados acá podemos entonces referirnos al *De Magistro*. Lo primero que salta a la vista es la estructura misma del texto. Éste está construido en base a cuatro “artículos” y cada uno de estos trabaja una cuestión, o pregunta, que inmediatamente se responde a través de una “tesis”. De manera que el “tesista” no anda con ambages ni retóricas, es honesto; nos dice qué es lo que va a demostrar. A continuación desarrolla “argumentos” a favor y “argumentos” en contra, para luego pasar a la “discusión magistral de la cuestión”. El artículo terminará con las “conclusiones definitivas que afirman la tesis”. Ya la sola manera como está presentado el libro nos habla de la forma de producir conocimiento en el siglo XIII, y no es precisamente, como mucho se nos ha dicho, desde el puro autoritarismo del maestro. Le Goff (2001), en su libro *Los intelectuales en la Edad Media*, nos señala que el escolasticismo se edifica en la labor universitaria con procedimientos que le son muy propios. Esto es, “La base es el comentario de textos, la *lectio*, un análisis en profundidad que parte del análisis gramatical que da la letra (*littera*), se eleva a la explicación lógica que suministra el sentido (*sensus*) y termina en la exégesis que revela el contenido de ciencia y de pensamiento (*sentencia*)” (P. 92). Pero, continúa el autor “el comentario da nacimiento a la discusión. La dialéctica permite ir más allá de la comprensión del texto para tratar problemas que éste plantea, lo hace desaparecer

frente a la búsqueda de la verdad. Toda una problemática reemplaza la exégesis. De conformidad con procedimientos apropiados, la *lectio* se desarrolla en *quaestio*" (P. 92). De tal manera que, si a ver vamos, lo que contemporáneamente consideramos muy de avanzada como es el tema de la "problematización" de los contenidos y del aprendizaje en el ámbito pedagógico - educativo, practicada y pregonada muy bien por ese gran maestro que fue Paulo Freire, ya se ejercitaba en la Alta Escolástica. Le Goff termina señalando: "El intelectual universitario nace desde el momento que 'pone en cuestión' el texto que ya no es un apoyo, desde el momento en que el intelectual de pasivo se hace activo. El maestro no es ya un exégeta sino que es un pensador. Da sus soluciones, crea. Su conclusión de la *quaestio*, la *determinatio*, es obra de su pensamiento" (P. 92). Lo que se da pues en aquel momento histórico es producción de conocimientos donde participan tanto maestros como discípulos; tanto es así que las crónicas de la época nos dan cuenta de estudiantes que se batían a duelo (y duelo de muerte) por las tesis de sus maestros; esto es lo que podríamos llamar "amor a la sabiduría", un amor que no se queda en lo intelectual sino que incluso es pasional.

En lo que se refiere al contenido del *De Magistro*, señalaremos que éste desarrolla cuatro artículos. En el primero la cuestión es: "¿Puede el hombre enseñar a otro y recibir el nombre de Maestro, o lo puede sólo Dios?". Y la tesis es: "El hombre sí puede enseñar y recibir el nombre de Maestro". A continuación Tomás desarrolla los argumentos en contra y a favor. De nuevo salta a la vista del lector, al final del segundo argumento en contra, una afirmación, que hasta ahora creíamos edición originalísima de Paulo Freire: "Nadie puede enseñar a nadie" (P. 23). Contemporáneamente, no sólo las "pedagogías liberadoras" tomaron esto como axioma sino incluso ciertas pedagogías con anclaje psicoanalítico han desarrollado el problema de "la imposibilidad de enseñar y el deseo de aprender". Pues bien, Tomás, en la breve obra comentada, va a hacer frente a los radicalismos en los que habían caído ciertas interpretaciones agustiniano – platónicas y sin abandonar totalmente los aportes del obispo de Hipona, e incluso lo valioso de Platón, va a equilibrar las cargas con los planteamientos aristotélicos, al sostener en *De Magistro* que "Practicar la virtud es como pulir el hierro a fin de que, eliminada la herrumbre, aparezca el brillo del metal" (P. 41). O sea que, sin desechar el innatismo subyacente a la gnoseología agustiniana, Tomás va a sostener, con Aristóteles y la tradición realista que "El adoctrinamiento y cualquier ayuda externa que se dispensa

al discípulo, no hace más que inducir su alma a que recuerde y caiga en cuenta de cuanto sabía de antemano” (P. 41). Esto va a conducir al aquinatense a postular, en el ámbito epistemológico y, más allá, pedagógico, que “Preexisten en nosotros ciertos gérmenes de la ciencia, a saber, los conceptos primeros o principios del conocimiento los cuales son aprehendidos inmediatamente a la luz del intelecto agente, y por medio de las especies abstraídas de las cosas sensibles (...). Por consiguiente, cuando la mente experimenta la educción de esos principios universales y es conducida hasta el conocimiento en acto de lo particular de lo cual antes poseía tan sólo un saber potencial y como latente en un principio universal del conocimiento, entonces es cuando decimos que alguien adquiere la ciencia” (PP. 46 y 47). Así, Tomás está anticipando, de alguna manera, el planteamiento kantiano de que la razón sin la experiencia se mueve en el vacío y la experiencia sin la razón es ciega; pero incluso, está pre – anunciando la epistemología genética de Piaget en el sentido de que el conocimiento necesita tanto de las estructuras previas como de las estructuras experienciales para que se pueda dar el proceso de cognición.

Obviamente, Tomás aclarará que El Maestro, por antonomasia, es Jesús, es decir, Dios, pero que eso no implica que el hombre no pueda ser también maestro. Claro, estamos ubicados en las coordenadas antes explicadas de que la realidad no es algo cuantitativo sino más bien cualitativo, es un asunto de gradación; hay acá mucho de platonismo, pues éste había dicho que el proceso filosófico y al mismo tiempo de perfección espiritual iba de lo más imperfecto (lo sensible) hasta llegar, gradualmente al Logos, que era de alguna manera para los griegos del Siglo V a. C. lo equivalente al Dios cristiano. A esa noción, aportará Plotino la teoría de la participación de lo divino y racional; la síntesis que logra Aristóteles recoge precisamente todo ese camino hecho aunque redimensionando y replanteando la concepción en un Dios pleno y transracional, situado más allá de lo puramente logo-céntrico.

Tomás no descuidará, en su filosofía de la educación, y en sus consecuencias pedagógicas, ningún aspecto de los que intervienen en la adquisición del saber, así afirmará que “(...) hay dos maneras de alcanzar la ciencia: una que consiste en la actividad de la razón natural que por sí misma logra el saber de lo que ignoraba; y en este caso se habla de *descubrimiento*. La otra manera de aprender consiste en que la razón natural reciba del maestro una cierta ayuda; y esto constituye el *aprendizaje por adoctrinamiento o instrucción*” (pp. 49 y 50).

De manera que el Aquinate sitúa lo educativo en el justo medio, a la manera aristotélica y nos enseña que el maestro tiene su rol y el alumno tiene el suyo. No está hablando para nada de maestro sabio y alumno ignorante, éstas vendrían a ser desviaciones y deformaciones que aún hoy, incluso en el seno de las teorías pedagógicas que se suponen más de avanzada, podemos conseguir. Los proyectos políticos comunistas y/o socialistas, por ejemplo, predicaron una “pedagogía crítica” que a la postre se quedó en la pura formulación de principios, pues en la práctica esas sociedades que se embarcaron en un proyecto político de esa índole terminaron imponiendo prácticas educativas fundamentalistas y ajenas a cualquier cosa que se pareciera a debate de ideas; imposición de doctrina, no en el sentido de Tomás de enseñar según lo debatido, sino doctrina, o adoctrinamiento, en el sentido de imponer verdades ya pensadas por una “vanguardia revolucionaria”, o un líder (Un Lenin, Stalin, Mao, Castro o un Chávez) que decide qué es bueno y qué es malo para la “masa” aún en contra de la voluntad de estas mayorías.

El *De Magistro* despliega tres artículos más. El segundo trata sobre la cuestión que sigue: ¿Puede decirse que alguien es maestro de sí mismo? Y demuestra la tesis: Nadie puede ser y llamarse con propiedad maestro de sí mismo. El artículo tercero trabajará la cuestión ¿Puede un ángel enseñar al hombre? Y demuestra que “el ángel sí puede enseñar al hombre”; y, finalmente, el cuarto artículo ahondará en la cuestión: ¿Pertenece la actividad docente a la vida activa o contemplativa? A lo que responde: La docencia tiene su principio en la vida contemplativa, pero es actividad propia de la vida activa.

Sin dejar de reconocer que la tercera cuestión sobre la “enseñanza de los ángeles” tenga relevancia para el tema teológico y de fe, nos detendremos más bien en el segundo y cuarto artículo.

Como se ha dicho, ya arriba, el siglo XIII ya está expuesto a las preocupaciones filosóficas de la realidad que se avecina en los siglos posteriores. Ya el “individuo” moderno es una preocupación y un tema que hay que empezar a deslindar. La feudo aristocracia es un mundo de vida regido por lo relacional, la vivencia tiene unas reglas epistémicas de trama humana; la modernidad va a imponer al individuo y la filosofía moderna irá llevando hasta sus últimas consecuencias el encierro en la inmanencia de la conciencia. El “Yo pienso” cartesiano será desplegado por autores como Leibniz que hablarán de “mónadas” aisladas sin puertas ni ventanas, es decir el extremo del individualismo.

Ante eso Tomás nos previene de una pedagogía de la individualidad que mata al “otro” y que nos encierra en la más descarnada soledad. No es gratuito que pedagogos emblemáticos de la modernidad como Juan Amós Comenio y Juan Jacobo Rousseau propongan una pedagogía del individuo, hasta llegar a la actualidad, donde las tendencias educativas que se suponen más de avanzada liquidan el rol del maestro, e incluso de los discípulos, para decretar una pedagogía solipsista que privilegia el “sentir” por encima incluso de la “razón” (otra de las grandes bases de la modernidad), del hacer y de la capacidad de decidir. La enseñanza, el aprendizaje, es, para Tomás, un asunto que se construye en comunidad, en relación, en vinculación con el maestro y con el discípulo, nunca en soledad. Solos, a lo sumo, adquiriremos información, “comunicados”, en palabras de Freire.

Si bien es cierto que el hombre necesita momentos consigo mismo para detenerse sobre lo vivido o aprendido, no es menos cierto que la voz de la comunidad, de cierta tradición y del entorno, nos permite comparar, contrastar, rectificar la pura soledad no nos conduce sino al limbo, al sinsentido. Desde la visión de fe de Tomás, en los otros conseguiremos a Dios, el maestro por excelencia.

La cuarta y última cuestión, acerca de la naturaleza contemplativa y activa de la enseñanza, el autor llama la atención sobre el hecho de que el maestro, y el pensador en general, tienen que salirse del mundo para volver a él. Precisamente la re – flexión es un volver sobre lo vivido, y una vez hecha esa reflexión, entonces el maestro tendrá qué decir a sus alumnos, de otra manera solamente pronunciará sonidos, *flatus vocis*, según los escolásticos; agobiará a su auditorio con, a lo sumo, los puros datos, lo puramente anecdótico, pero no producirá ningún pensamiento sólido ni ponderado.

4.- Vísperas.

En la actualidad asistimos a un encendido debate que reviste dimensiones mundiales acerca de la vigencia de la universidad tal como la hemos conocido desde la época en la que vivió Tomás de Aquino. Para muchos la universidad está liquidada y hay que emitirle acta de defunción. En un extremo hay quien plantea que su agotamiento se debe a que ya no satisface las necesidades sociales; una visión bastante utilitaria y pragmática de lo académico. En el otro extremo se ubican las voces que le reclaman al claustro universitario su resistencia a abrirse al clima relativista y hedonista anhelado por los postmodernos.

Habría que decir que la universidad, desde sus inicios, ha sufrido los embates de enemigos externos que ven en su existencia una amenaza: a veces aristócratas, otras burgueses; por momentos el poder político y a ratos el poder religioso, siempre ha estado bajo la incertidumbre de los ataques interesados. Muchas veces ha tenido que plegarse, pero su esencia, si queremos hablar en términos aristotélico – tomistas, no pierde peso, el producir conocimiento, pensar y re – pensar la realidad sigue siendo su norte. En ese contexto hay que comprender a un filósofo como Tomás de Aquino, cuya filosofía, con el pasar de los años, se convirtió en la oficial de la Iglesia, pero inmediatamente después de su muerte no faltaron teólogos y filósofos que condenaran sus ideas y/o las pusieran bajo sospecha.

La agudeza y sistematicidad del pensamiento de Tomás nos alerta hoy día acerca de lo ligeros que podemos llegar a ser al tratar los problemas intelectuales, dentro y fuera de las universidades. Tomás de Aquino logró madurar una filosofía en torno a los problemas fundamentales de su época; por muy abstraído que pareciera en realidad estaba inmerso en lo político, en lo social, en lo religioso y en lo cultural. Como hombre, nada humano le fue ajeno y esto es un indicativo de la significación de su aporte intelectual. Por otro lado, el acercarnos a este autor nos permite re – valorizar todo un periodo que ha sido mostrado básicamente a través del muy empañado cristal de los prejuicios, de la superficialidad y de los intereses que convierten el conocimiento de toda una época más en ideología que en verdad, sea del grado que sea esa verdad.

En lo que respecta al tópico educativo actual, vale la pena resaltar que la decadencia básica en la que cayó la escuela, como institución, fue casualmente porque se alejó demasiado de aquella práctica escolástica; es decir, de debate, de dialéctica y se convirtió en un reducto de “re – producción” de conocimiento. Lo que cotidianamente presenciamos en la educación actual es que mucha gente habla de innovación, de constructivismo, de aprendizaje por “descubrimiento” (ya hemos visto que Tomás hablaba de esto en el siglo XIII), y así de todo un repertorio retórico que no llega a ser sino eso, puro discurso hueco. En la práctica tenemos aulas de clases (en escuelas, liceos y universidades) que no hacen sino repetir lecciones mecánicamente, en el mejor de los casos, y en el peor, que es lo que hemos estado viviendo los últimos años en Venezuela, un sistema escolar motorizado desde el poder que no hace sino estimular el anti academicismo y la repetición de consignas y propaganda política que asegure la permanencia en el poder del partido de gobierno y su líder máximo.

En un contexto como este, la discusión, exposición y debate de ideas no conviene a los intereses creados, conviene más estimular la ilusión, la fantasía y la opinión sin fundamento ni anclaje. La producción de saberes, no es, ciertamente, el camino más fácil; implica estudio, disciplina, renuncia al camino más cómodo. Lastimosamente, no son esas las condiciones creadas ni las que se han ido creando en el ámbito escolar, más bien lo que se ha estado favoreciendo en Venezuela, en los últimos años, ha sido el facilismo, la indisciplina y la utilización de la educación como instrumento clientelar para sostener al poder. No obstante, hay que recordar que Tomás subraya que hay un “conocimiento natural” en el hombre que le permite “descubrir” la verdad allá donde ella esté, separar el trigo de la paja, el oro de las impurezas.

REFERENCIAS

- Böhmer, O. (1997). *Diccionario de Sofía*. Barcelona. Ediciones B.
- Canals, F. (2002). *Textos de los grandes filósofos. Edad Media*. Barcelona. Herder.
- Copleston, F. (2000). *Historia de la filosofía. 2: de San Agustín a Escoto*. Barcelona. Ariel.
- De Aquino, T. (1961). *De Magistro*. Caracas. Instituto Pedagógico.
- De Aquino, T. (1974). *Del ente y de la esencia*. Caracas. UCV.
- De Aquino, T. (1999). *De veritate, 19*. Pamplona. Universidad de Navarra.
- Eco, U. (2002). *El nombre de la rosa*. Barcelona. Plaza & Yanés.
- Gaarder, J. (1995). *El mundo de Sofía. Novela sobre la historia de la filosofía*. Madrid. Siruela/Norma.
- González, N. (2008). *La pasión de la tristeza y su relación con la moralidad en Santo Tomás de Aquino*. Pamplona. Universidad de Navarra.
- http://www.ewtn.com/spanish/saints/Tom%C3%A1s_de_Aquino.htm
- Guerrero, R. (1996). *Historia de la Filosofía Medieval*. Madrid. Akal.
- Le Goff, J. (1985). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona. Gedisa.
- Mitre, E. (2006). *Historia del cristianismo. II. El mundo medieval*. Madrid. Trotta – Universidad de Granada.
- Moreno, A. (2005). *El aro y la trama*.

Episteme, modernidad y pueblo. Caracas. CIP – UC.

Savater, F. (2008). *La aventura de pensar*. Buenos Aires. Sudamericana.

Verdon, J. (s/f). *Sombras y luces de la Edad Media*. El Ateneo.